



IVÁN MOISEEFF
La naturaleza
es la iglesia
de satanás

Página 3



CONTRATAPA
Alle
vongole

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 214 | JUEVES 7 DE ENERO DE 2016

Musil y Salgari, dos senderos que no se bifurcan



Archivo Histórico de Revistas Digitales | www.ahira.com.ar

Justicia y fe, los dos temas se conectan en *La ley del menor*, la última novela de Ian Mc Ewan, quien en pocos trazos plantea los dilemas que se le presentan a una jueza del Tribunal Superior involucrada en el caso de un joven Testigo de Jehová, enfermo de leucemia, que no quiere recibir una transfusión para salvar su vida: a lo largo de la trama la decisión tomada superará el plano legal para

incluir una perspectiva inesperada —la de los sentimientos—, un recurso utilizado por el escritor británico en sus obras. Especializada en derecho de familia, Fiona Maye recibe un cimbronazo cuando su esposo Jack le pide permiso para tener una aventura efímera con una joven, una manera de recuperar la efervescencia amorosa perdida en este matrimonio de sesentones.



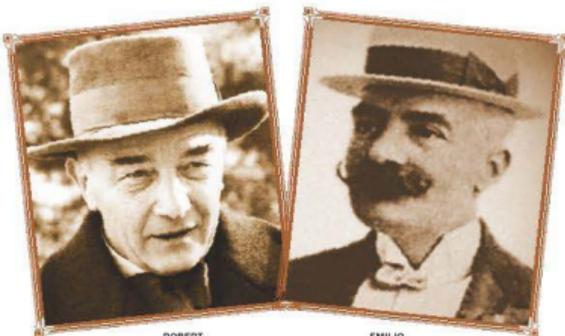
Musil y Salgari, dos senderos que no se bifurcan



→ VICENTE BÁRTISTA

Los lectores de Robert Musil sin duda saben de la existencia de *Sando-kán*, *El Tíger de la Malasia*, del fiel Yañez y de lady Marianna, la Perla de Labuán. Estoy seguro de que muchos lectores de Emilio Salgari no tienen la menor idea de quienes son el matemático Ulrich, el general Von Stumm y Diotima, esa mujer cuya estupidéz sólo es comparable a su hermosura. Parece lógico que así suceda: Salgari está en la antipoda de Musil, uno representa la literatura popular, el otro la culta. No resulta lógico que según encuesta del diario *Le Monde*, *El hombre sin atributos* está considerada entre las cien novelas más importantes del siglo XX, del mismo modo que no parece impertinente lo que Carlos Fuentes confesara para *La París Review*: en un invierno de 1981, dijo: "sin los libros de Emilio Salgari no habría hoy literatura italiana, francesa, española o latinoamericana". Robert Musil nunca se enteró de la encuesta de *Le Monde*: miró mucho antes de que el diario francés lo publicara. Tampoco Emilio Salgari supo del elogio de Carlos Fuentes: se mató diecisiete años antes de que Fuentes naciera.

Robert Musil provenía de una familia de la baja nobleza austriaca. Salgari, de una familia de pequeños comerciantes italianos. Musil cursó estudios en la escuela militar de Eisenstadt y en el instituto militar para jóvenes oficiales Milehrst-Weiskirchen, en Hranice, aunque nunca acabó su carrera. Salgari ingresó en el Real Instituto Técnico Naval "El Sarp", en Venecia, y no completó sus estudios. La experiencia de cursar la escuela y el instituto militar le sirvió a Musil para la escritura de su primera novela: *Las tribulaciones del estudiante Tivres* (1906). El paso de Salgari por el



ROBERT MUSIL

EMILIO SALGARI

Real Instituto Técnico Naval fue el disparador para sus novelas de aventuras de piratas. Musil se graduó como ingeniero en la Escuela Superior de Brunn y revisó como soldado del ejército imperial durante la Primera Guerra Mundial. Salgari no logró el título de capitán de gran cabotaje, si bien es cierto que en 1897 el rey Humberto I le concedió el título honorífico de Caballero de la Corona de Italia por sus libros de acción y aventuras. Musil publicó dos novelas cortas: *Unión* (1911) y *Los alcanzados* (1921), una farsa en tres actos. *Viente a la amiga de los hombres importantes* (1924), un libro de cuentos. *Tres mujeres* (1924), dos ensayos. *Papeles póstumos escritos en vida* (1936) y *Sobre las estradas* (1937), pero fue *El hombre sin atributos* (1942), su novela inconclusa, la obra que lo ubicaría definitivamente en el espejo de la alta literatura. Salgari publicó un centenar de novelas y otro centenar de cuentos; además de sus historias con piratas y cor-

sarios, concluyó otras que sucedían en las montañas del Himalaya: *Los hijos del aire* (1904) y *El rey del aire* (1907), en el lejano oeste estadounidense: *Aventuras entre los pelerrijas* (1900) y *En las fronteras del Far-West* (1908), en el Polo Sur: *Viaje al Polo Austral en velozepo* (1895); incluso preannunció la ciencia ficción del siglo XX con *Las maravillas del 2000* (1907). En 1900 firmó un contrato con el sello Donath para escribir tres novelas por año. Como consecuencia del miserable sueldo que recibía de Donath se vio obligado a escribir para otras editoras refugiado en diversos seudónimos, Guy Altieri es el más conocido. En 1907 comenzó a trabajar para la editorial Bemporad, ya entonces era un autor famoso, aunque seguía cobrando un salario de miseria. A este infortunio se le agregó el de su propia familia: su esposa Ida Peruzzi quien él llamaba "la abuela" y con quien Salgari, de Verdi, repitió sus ataques de locura. Salgari no contaba con dinero suficiente para internar a su esposa en una clínica privada, por lo que aceptó que la ingresaran en el manicomio de Collegno. El 25 de abril de 1911, seis días después

de aceptar esa internación, Emilio Salgari se quitó la vida en un barranco del Valle di San Martino, cerca de Turín. De algún modo repetía la acción de su propio padre, que se había suicidado en 1889 y anticipaba el futuro suicidio de dos de sus hijos: Romero se mataría en 1931 y Omar en 1963. En algún momento de su ensayo *Sobre la estupidéz*, Musil escribió: "La cosa más sensata en este mundo es la de hacerse notar lo menos posible". El supo cumplir con esa premisa: en 1938, cuando Austria se anexó a la Alemania nazi, se exilió en Suiza y en la absoluta pobreza emprendió silenciosamente la escritura de *El hombre sin atributos*, aquella novela que imaginara en 1905. Salgari, por el contrario, hizo lo imposible para que lo notaran: se mató como podría haberlo hecho alguno de sus muchos héroes, con una navaja se profirió una cuchallada en el vientro, se ahogó en el mar de la Adriática, al paro óbito seppuku, y, además, dejó una definitiva carta a sus editores: "A ustedes que se han

enriquecido con mi piel, manteniéndome a mí y a mi familia en una continua senda miseria o más aún, sólo les pido que, en compensación por las ganancias que les he proporcionado, paguen los gastos de mi entierro. Los saludo rompiendo la pluma".

Robert Musil integró el grupo formado en torno al pensamiento de Wittgenstein, compuesto por filósofos y escritores contemporáneos de principios de siglo XX —Mahler, Schönberg, Berg, Klimt, Klee, Schiele, Kafka, Broch, Canetti— que replantearon el arte y la literatura de su tiempo. Por lo que se sabe, Emilio Salgari no integró grupo alguno y tampoco se propuso revolucionar nada, aunque el modo de articular su narrativa, mediante un estilo plano, con descripciones precisas y diálogos breves y elípticos, influyó ciertamente en el cine que recién comenzaba, en la manera de estructurar las novelas de acción y en el relativo visual de los cómics. Sus historias, además, ofrecen un mensaje definitivamente anticolonialista: Sando-kán tenía por principal enemigo a Lord Gullónk, el comandante de la flota británica de ocupación en el archipiélago malayo, y por enamorada a la Perla de Labuán, la bellísima lady Marianna, sobrina de Lord Gullónk.

En su libro *Itaca y más allá*, Claudio Magris no disimula su entusiasmo por Salgari: "Sus novelas poseen una universalidad mínima, incomprensible para quien no la ha vivido en el momento justo y en la edad oportuna: su poesía es semejante a la intensa candelabra atmosférica de los años de la escuela, que constituye la melodía primaria de la existencia, el modo de ser del mundo", y también abla de "un género llamado a Musil: 'El hombre sin atributos' —dice— es un grandísimo libro, sublime y preciso".

Ambos representan dos modos de la literatura, pero de ninguna manera son dos senderos que se bifurcan.

Con su primera novela Pumo, la platense Natalia Brandi construye una historia anclada en la inmigración europea de mediados del siglo XX, inspirada en la biografía de su abuela Francesca. Desde pequeña, a Brandi le encantaba oír una y otra vez la hoja de ruta de su abuela, Francesca. El relato la conmovió, la encandilaba en cada palabra. Y cada vez, la narración agregaba otro matiz,

otro color. A los diez años le escribió una carta: "Voy a ser escritora para contar tu historia". A la correspondencia, la encontró por casualidad después de la muerte de su abuela, y aquel presagio lo hizo realidad. Empezó a escribir en el año 2003, se formó en diversos talleres literarios y tras dos años de trabajo intenso se decidió por publicar su primera novela.



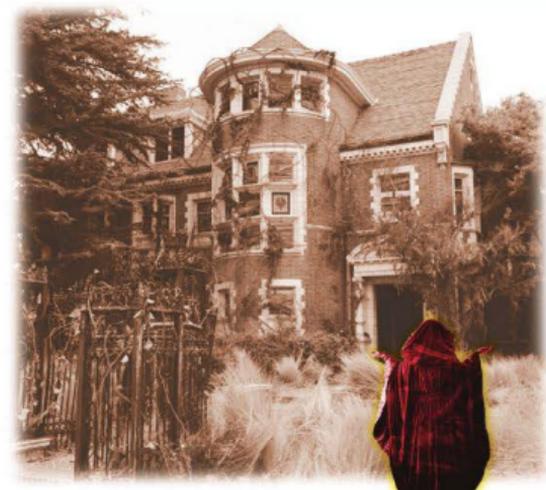
JAVIER CHABRANDO

Las brujas no existen a menos que uno se toque con ellas. O con una de ellas. Y más existe esa brujita si te acabo de lanzar una maldición. "Soy la Bruja del Bosque, y cuando te cojas a alguien, ese mismo día, vas a caer muerto". Así sucede en *La naturaleza es la iglesia de sataná* de Iván Moiseeff. Eso sí, acá la bruja no ejerce su poder mágico en los confines de una comarca ficticia sino en el no menos variopinto mundo de la noche, en las entrañas de un holiche, donde dos amigos buscan conocer chicas, consumir drogas y vivir cosas nuevas.

Uno de ellos, que carga con el estigma de la virginidad, no tiene mejor idea que ser grosero con una chica simplemente porque no le gusta. Eso desata la maldición de ella, y no es para menos. Porque ese mundo, como todos, tiene reglas, y para pertenecer a él hay que conocerlas y respetarlas. Y una de esas reglas es que si una mujer no te gusta, no debes decirlo. Porque puede ser una bruja. El asunto es que no lo parecía porque iba vestida de "musclosa negra, cadentitas y más cadentitas con pequeñas calaveras y estrellas de cinco puntas...".

Dice Mariano Quirós en la contraportada: "...el protagonista de esta novela es virgen, y ahora no sabe cómo hacer para abandonar ese estado sin moirse. De eso se trata toda la novela, del rito de iniciación sexual y de los miedos que detrás de eso se esconden, incluido el de que se cumpla el hechizo".

En la época de la sobrecapitación sobre la sexualidad, Moiseeff nos retrotrae a un mundo previo. En esta novela, la iniciación sexual es un pasaje que no se vive sino con cierto dolor. Y con miedo. Y para que los lectores sintamos eso, Moiseeff muestra el rito desde la interioridad del que debe sufrirlo, aprenderlo, desfilarlo. En la maldición de la chica punk que vive en el holiche, él intenta poner en evidencia que ciertos miedos hay que sufrírselos y vencerlos en soledad. No impor-



La naturaleza es la iglesia de sataná

ta lo que digan ni la televisión ni los especialistas ni los amigos.

Y sucede el milagro, y a la vez la catástrofe, nuestro héroe virgen conoce a Julia y se enamora. Y Julia corresponde a esa atracción. Incluso por momentos parece enamorada. Se aproxima el debut, y de saber si la maldición se cumplirá o no. Pero primero él tiene que entender mejor a Julia, que parece haber vivido al doble de velocidad, saber el doble, y no temerle a nada, menos a un embarazo. Él busca ayuda. Claro que no puede recurrir a un psicólogo o a un médico. Y recurrir a otra bruja, si hablar. Puede ser doblemente peligroso. Al fin encuentra un jilero. "El país de las brujas", que es el nombre que ella misma le da al lugar donde él intenta encontrar respuestas, o la forma de vencer el miedo, aunque la respuesta se le presentará más adelante, en un sueño.

Y aquí la novela abandona el aparente suspenso por saber cuándo llegará el momento del

debut y si la maldición se cumplirá, para llevar a los dos personajes, junto a los padres de ella, a un viaje al campo, escenario ideal del misterio cuando elegimos llamarlo superstición.

Los cuatro se refugian en la casa de la familia de Julia y allí el tiempo y las cosas se ven de otra manera, no necesariamente mejor, aunque es en el campo donde la pareja encuentra momentos para revelar y vivir la antelata de la adhesión o de la tragedia. El amor avanza inevitable hacia su consolidación física, por mucho que una de las dos partes dilate el momento.

Con respecto a lo supersticioso, palabra que suadecía más a la protagonista, ella misma dice que en el urbano, Moiseeff reconoce un interés por él. En un reportaje reciente dijo: "...en mi familia hay una larga tradición de creyentes. Mi abuela es de Santiago del Estero; la comarca embrujada, le dicen. Se cree mucho. Si hay un lugar paranormal en la Argentina es Santiago del Estero, o es el Urtrico. Hubo brujas y todo ahí. Hay un pensamiento un poco más mágico, está El Pombro, todas esas leyendas."

Y es cierto, el campo, ese campo donde vacacionan está plagado de misterios. Sobre todo lo que hace a la historia lejana del lugar. Allí, según cuenta el padre de Julia (pocoque superstición es reclamo), en la época del virreinato existió una misteriosa colonia de jóvenes alemanes que fundaron un mundo sin hombres alrededor de una gran montaña que ellos llamaban como "El Colibri", que habían rechazado ostensiblemente las visitas y la invitación del cura del pueblo a asistir a misa. Algunos aseguran, aunque puede ser lo que dramático que el padre de Julia intenta darle al relato, que por

las noches se oían ruidos y música, como si lejos de los hombres, de la civilización y del cristianismo, las mujeres se deleitaran en un ahuellar perpetuo. Pero no fue perpetuo porque un día desaparecieron, "el orfanato original debió mudarse a causa de un *postergo*, una suerte de espiritismo-nigro que comenzó a atacar a las chicas...". El pueblo habló de heurtera y aninco cerrado. El mito había nacido quizá de una suma de malinterpretaciones o casualidades, hasta llegar limpiamente a los oídos del hombre que más tenía escucharlo: nuestro joven virgen.

"Todo es posible en la adolescencia, territorio sombrío e impudico. Juguétn y menos canchero de lo que pretende, el narrador de esta novela no escatima enojo con el mundo, perplejidad ante su propia estupidez y ternura ante aquello que lo supera", agrega Quirós.

Pero el mundo avanza, el tiempo pasa y la adolescencia se termina. Algún día se termina. Queda tiempo para soñar, que es donde a veces se aparecen las respuestas. Llega el momento de crecer. Así se lo hacen saber a nuestro protagonista: "Sabés cómo se corta un galicho? Es muy fácil". "¿Cómo?" "Realizando su designio". O como diría el autor en el mismo reportaje: "...creo que sigue habiendo lugares incógnitos en la adultez, pero son lugares que uno tiene que conquistar". O sea, descubrir el velo para ver qué hay. Y enfrentarlo tal como se presenta.

Debajo del aparente velo de inocencia, *La naturaleza es la iglesia de sataná* involucra de manera soberbia muchos viejos y nuevos, ocasionales y omnipresentes a través de una escritura nunca dubitativa, siempre ajada por una historia en la que todos podemos vernos reflejados. Esta novela ganó el Premio Anacleto 2014. El jurado estaba integrado por Fernando García Lora, Guillermo Martínez y Mariano Quirós. Moiseeff es también poeta y escritor cultural. Nació en Buenos Aires, estudió Letras en la UBA y es creador del sello de literatura Clase Turista.

Entre búsquedas varias y desencuentros amorosos desplegados en la policéptica Barcelona avanza la trama de *Hoy he conocido a alguien*, novela incipiente de la española Milena Busquets que llega impulsada por el éxito de *También esto pasará*, una fusión de autobiografía y ficción que la convirtió en una de las visitas más esperadas de la próxima Feria del Libro de Buenos Aires.

También esto pasará (Tusquets) —que causó furor en la Feria del libro de Frankfurt— narra el trajín emocional de Blanca, una mujer de 40 años que asiste al entierro de su madre y evoca paralelamente el deterioro físico y mental de quien fuera una mujer extraordinaria y las relaciones entre ambas a lo largo del tiempo, dando lugar a un ajuste de cuenta y a una indagación personal sobre el pasado.



CONTRATAPA

↳ Luis Soto



Lo reconocí en cuanto nos cruzamos, Uruguay al 500, frente a Tribunales. “Vos sos *Gazán*”, dije. El recelo con que él me miraba se apreció en su demostrada reacción: “¿vos quién eres?”. Ese quién—eras me ayudó a retroceder 40 años, época en que habíamos sido compañeros —como auxiliares de cuarta figuráramos— en la tropa del Ministerio de Hacienda. Compañeros con el *Gazán* que creí reencarnar, digo. Éste se me escapaba. Aunque la mirada tenía un marcado aire bovino, uno de los dos rasgos típicos de aquel *Gazán*. El segundo rasgo se daba en los pies, pero hubieran sido grosero apresurarme a apuntarles en ese cruce casual. Le dije que lo había confundido con otra persona. Mientras él manejaba el silencio seguí reconstruyendo la imagen que conservaba de *Gazán*. Tono de voz apagada, que hacía juego con un traje gris, abrigantado por centenares de pasadas de plancha. ¿Una verruga en una aleta de la nariz, o ese era *Trovisón*? El tic de cachetear a un costado la mata de pelo que le caía sobre la frente. Hasta ahí llegué, ya arrepentido por haberlo señalado. Llegamos sin saber de dónde iba a salir el *Gazán* de la compra, la mirada acentuaba su esencia bovina.

—Vos usabas anteos —dijo bruscamente, y como descontento que había acertado agregó: así que pensaste éste es *Gazán*.

Gazán era mi compañero.

Alle vongole

—*El Negro Gazán* —completó soltando una carcajada.

—Entonces sos...
—Mal emplichado, camisa sucia, barba de varios días, y vos con esa pílcha, esos timbos... Que no te vayan conmigo, ¡Tomátelas, Sotler!

Sotler, claro.

—Andá al carajo —me despatchó y enfiló hacia Córdoba a paso acelerado.

—Pará, *Negro* —grité, tuve que correr para alcanzarlo. Se detuvo cuando lo agarré del hombro: —Me alegra que nos hayamos encontrado. En *Negro*, *Negro*: *Su*—piste algo de Ominelli, de Zizza, del pibe Grasso, aquella mina, estaba buena, que en cada partido de la Argentina en el Mundial del 78, se negaba a cantar el Himno y no paraba de llorar? —Lo amuré contra un quiosco de diarios.

—Irene Diéguez.

Lo invité a tomar una copa. Mintió que no podía. Le dejé mi tarjeta: “te llamo” dijo. Y llamó. Después un tiempo de ir y venir me dio la mediodía. Yo tenía que ir a una pescadería.

—¿Qué vas a comprar? —se in-

teresó el *Negro*.

—Almejas. Voy a preparar vermicelli alle vongole.

No se amoldó *El Negro* a mi paso cuando íbamos a la pescadería, caminaba atrás, a dos metros de distancia. Cuando hice el pedido él había vuelto a dedicarme la mirada bovina.

—¿Vos la conociste a mi señora? —preguntó bruscamente.

—Las almejas son frescas? —consulté al empleado, después dije: croo que no.

Elegí un aceite de oliva, pagué y salimos. *El Negro* caminaba siempre a dos metros, pero ahora iba adelante.

—¿Te gustan los mariscos, *Negro*?

—Sí, mucho. Somos de familia marinera.

Costaba asociar familia marinera y mirada bovina. Entramos a tomar un café a *La Giraldas* por fin aparecieron los pies. Al margen de almarrasques y temperaturas *Gazán* usaba sandalias. Se descalzó y me miró los pies. Sus pies jamás cesaban de crecer. Otro compañero, Passanente, hijo de un profesor de botánica, lo llamaba drosera inglesa. Después supimos que es una planta carnívora que abunda al sur de las islas Filipinas. Ya en otoño *El Negro* se

ponía medias, las recuerdo grises y deformes, supongo que por el alboroto que había en la zona. Y algo más, dato nada desdefiable. La viuda de Madurga confesaba haber tenido un breve romance con *El Negro*. Según el susurrado relato de la viuda, en los momentos más encendidos del juego amoroso el pulgar del pie izquierdo se convertía en descollante protagonista. “Se le para”, juraba la viuda. La cabeza inclinada sobre el pocillo de café, *Gazán* se había sumergido en uno de sus silencios.

—Si saliste con ella, quiero decir —dijo de pronto, sus ojos escababan las paredes, tal vez fantaseando toparse con unas brizas de pasto maduro.

—No la conocí, te dije.

—Creo, dijiste.

Si bien la mirada de *Gazán* parecía ajena a la no muy velada acusación, la cosa se había encarrionado, no daba para más.

—Me temo que ir *Negro* —dijo— a pescar con vos...

—Los entrapados hacen metastásis. Uno necesita saber —sentenció él.

—Otro día la seguimos. Tubecí a casa. No me falles —pedí y me puse de espaldas.

—Ché, Sotler... —la voz sonó lastimera.

—Sí, *Negro*.

—Un par de gambas tirame...
La putísima madre que lo parió, el desahogo me llenó la boca con la violencia de un vómito. Estaba cantado que me iba a mangar.

—Teneme el paquete con los mariscos.

En eso paró en la esquina el colectivo 6. Como hacía tanto calor el chofer no cerró la puerta. La luz del semáforo pasó a verde y sin haberlo dudado, como si alguien me hubiera empujado, de un salto trepé al colectivo. *El Negro* quedó convertido en estatua, no precisamente de yeso, en la vereda. No me animé, siquiera, a saludar con la mano. Lo estoy viendo, el paquete apretado contra el pecho. Acomodado en un asiento anoté: 80 de almejas, 93 del aceite, 173 pesos. Aber! la ventanilla para que *Gazán* escuchara:

—¿Te das cuenta, hermano? Por 27 mangos que filtran no vas a decir que soy un miserable. En serio, *Negro*. Y contá con las dos gambas, son sagradas. De lo que te llevas, olvidate. La salsa no tiene que estar ni un minuto con un chorrito de oliva... El colectivo arrancó, yo me largué a hablar más rápido: doré los ajos, no más de 12 minutos de cocción a fuego medio... Tuve que gritar la última indicación: sacálas al primer hervor.

Ver más artículos en www.ahorahoy.com.ar